



Seminario de Silencio

No he venido a traer la paz

Del Evangelio según Mateo (10, 34 - 39)

No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada. Porque he venido para enfrentar al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; de modo que los enemigos del hombre serán los de su propia casa.

El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí; y el que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí.

El que encuentra su vida, la perderá; y el que pierde su vida por mi causa, la ganará.

Una espada para el combate

Sólo nos damos verdaderamente cuando nos hemos encontrado; y si nos damos a los demás, nos encontraremos verdaderamente. Te das a la meditación en la medida en que estás iluminado, ni más ni menos; no te sentarías a meditar si no hubieras encontrado ya algo de tu yo profundo.

Pero en la meditación no vas a encontrar paz, sino combate. El camino que va del pequeño yo al yo profundo es escarpado, escabroso incluso, y lleno de fieras salvajes que rondan buscando devorarte. Es un camino lleno de abismos, de trampas, de senderos falsos –que no conducen a ninguna parte y en los que te has entretenido durante años, perdiendo la vida, perdiéndote en lo que creías que era la vida. Es un camino lleno de piedras en las que resulta difícil no tropezar. Es así porque el tesoro está escondido, en una hondura que no imaginas y que ni siquiera logras sospechar.

Pero también ese combate, aún en la aflicción que comporta, es hermoso; y ello porque en el combate están ya las huellas de ese tesoro que buscas: tu naturaleza original. El combate es hermoso porque quien lo libra no eres tú, sino Él en ti. Él es el sacrificio y el sacerdote, la meta y el camino.

La espada de la que se nos habla en este Evangelio no es la de la violencia, sino la del discernimiento. La espada que separa el trigo de la cizaña, lo bueno de lo malo, lo recto de lo torcido. Necesitas una espada para el camino. Para cortar las lianas. Para alejar las fieras. Tu espada es tu mantra, sólo eso. No hay fiera que no se espante cuando resuena. No hay liana que se resista cuando atenta y amorosamente lo pronuncias.

TRÍADAS

La vida espiritual que tienes es exactamente proporcional a tu anhelo de la misma.

¿Estás de acuerdo?

¿Cómo es el combate con el que te encuentras en la meditación? ¿Qué fieras te has encontrado por el camino? ¿Con qué lianas te has dejado liar? ¿Qué piedras son aquellas con las que has tropezado más a menudo?

¿Disfrutas de las sentadas? ¿En qué sentido?

¿Experimentas tu mantra como un arma con la que durante la meditación afrontas las dificultades?